

Conexión emocional: clave para aprender

mi voz

Por Aurora Díaz y Cone Aitken
(coneaitken@gmail.com)

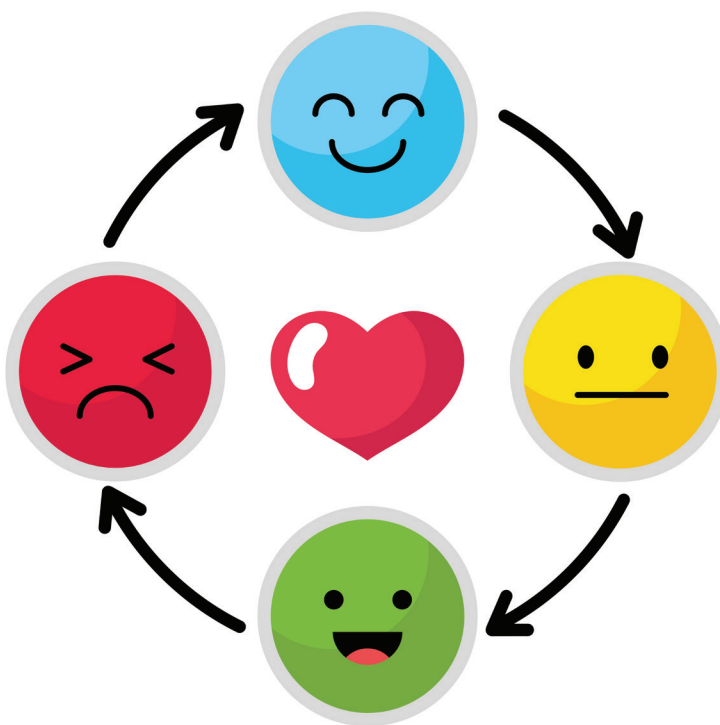
Con seguridad todos tenemos un docente que nos ha marcado la vida, para bien o para mal. Esa persona que, a pesar de los años, seguimos recordando por cómo y qué nos hizo sentir. Esa persona que, con sus palabras y su ejemplo, fue acompañándonos a construir quiénes somos, nuestra identidad y nuestro camino.

Frente a la pregunta acerca de si un docente nace o se hace, es común ver generaciones de maestros que, por su entorno, su historia o su temperamento, nacen con un gusto o una esencia por enseñar, como un instinto que viene desde dentro.

Otros, en cambio, van encontrando este propósito a lo largo de su trayectoria y son influenciados por estudiantes, contextos, situaciones, orientación al servicio, motivaciones sociales, o incluso una persona en particular que les hizo ver su vida desde otra perspectiva.

Es una gran verdad que acompañar a los estudiantes en el camino de su aprendizaje es una enorme responsabilidad.

No basta con las ganas de querer enseñar; para esto debemos educarnos, prepararnos, saber que estamos acompañando a personas a formarse como seres humanos íntegros y con valores, más allá del contenido que estemos impartiendo.



Aquí radica la importancia de saber diferenciar que el educar (un proceso de desarrollo humano holístico) va más allá que el instruir (transmitir la información conceptual). Las aulas hoy en día deben ser espacios para aprender a vivir a través de vínculos y experiencias que transformen.

Pero para que eso ocurra, primero debemos partir de nuestra propia

coherencia e integridad personal. Mar Romera (2022), experta en educación, señala lo siguiente: ¿Cómo educó? Educo como vivo. Los niños no aprenden lo que enseñamos, nos aprenden a nosotros. Por lo tanto, no podemos enseñar lo que no somos, dar lo que no tenemos, ni pretender atención o motivación de parte de los estudiantes, solo porque somos los docentes a cargo.

Un educador tiene la obligación y, a la vez, el privilegio de conectar con sus alumnos relatando historias y experiencias, transmitiendo no solo conceptos, sino sabiduría propia.

Así, la vocación se va construyendo día a día, cuando vamos tomando la decisión de trabajar en nosotros mismos para ser nuestra mejor versión, y así ser merecedores de la admiración y el respeto auténtico de los estudiantes. El

verdadero reto está en nuestro desarrollo personal, que es la base para ser personas empáticas y prestas para actuar siempre con una mirada apreciativa del otro.

Francisco Mora (2017), doctor en Medicina y Neurociencia, afirma que no hay educación sin emoción.

Por lo tanto, para que docentes y estudiantes podamos sentir pasión por el aprendizaje, tener esa motivación, curiosidad y las ganas genuinas de ir por más, es necesario que lo que estamos aprendiendo, explorando y conociendo, nos llame la atención y nos mueva la fibra emotiva: esto implica que hay algo dentro nuestro que nos invita a seguir en lo que estamos haciendo y no abandonarlo.

Por eso, a pesar de que hay ocasiones en que los docentes pueden sentir desmotivación o pérdida del propósito, el hecho de validar lo que están sintiendo, darle un lugar y expresarlo es suficiente para saber que lo que les pasa importa.

Es aquí donde queda de manifiesto el rol de las emociones en el aula: para conocer realmente lo que nos pasa, transitarlo y regularlo hay que ser capaces de abrir espacio a todas las emociones, sean placenteras o displacenteras y darles ese lugar.

A pesar de que hay ocasiones en que los docentes pueden sentir desmotivación o pérdida del propósito, el hecho de validar lo que están sintiendo, darle un lugar y expresarlo es suficiente para saber que lo que les pasa importa.

No siempre ser docente nos va a conectar con el placer o la alegría (independientemente de si se debe a una vocación intrínseca o a un camino desarrollado a lo largo del tiempo).

Habrán momentos más duros y complejos, y es en esos instantes cuando debemos ser capaces de movernos desde la emoción y rescatar lo que nos hizo llegar o estar acá y preguntarnos: ¿Cómo conectar de nuevo con esa emoción y hacer que mis estudiantes amen el aprendizaje? (y también que el docente vuelva a amar el enseñar).

Por tanto, el aprendizaje verdadero es el que llega a conectar con nosotros emocionalmente y nos remueve, independientemente del contenido que haya detrás.

En efecto, así como no hay aprendizaje sin emoción, tampoco puede haber aprendizaje sin conexión. Y es aquí donde el reto del docente crece y permanece cada día que pisa su aula, y cada momento en el que sus palabras y sus acciones son ejemplo para la vida.

La neurociencia ya nos demuestra que existe una clara conexión emocional entre las personas, vinculando nuestra energía, nuestros corazones e incluso nuestras emociones a través de neuronas espejo.

Por tanto, un educador tiene la obligación y, a la vez, el privilegio de conectar con sus alumnos relatando historias y experiencias, transmitiendo no solo conceptos, sino también, y más importante aún, sabiduría propia.

Un educador con vocación busca encontrar la motivación de todos quienes lo escuchan, potenciando la innovación, la curiosidad, la creatividad y desafiando sistemas educativos rigurosos, cerrados y muchas veces caducos.

Entonces, si reflexionamos de una manera más profunda y real, los docentes pueden nacer con una chispa por encender, pero al mismo tiempo pueden hacer crecer una llama, manteniendo una luz con verdadera convicción de ser agentes de cambio.

Nuevamente, todo regresa al educador: a su ser, al porqué y para qué quiere educar, aprender y compartir un camino de crecimiento y de transformación con sus alumnos.

El mundo gira en torno a las personas, a las relaciones, a la conexión y a los vínculos que queremos tener con otros.

Pero, para que todo esto pueda ocurrir, el verdadero catalizador es cada educador, cada persona que quiere transmitir al otro algo transformador, demostrando vocación de servicio y un profundo y real propósito de ser una mejor versión para generar desde sí mismo un cambio en el mundo.

Referencias

Romera, M. (2022). *Educar sin recetas: porque educar no es enseñar sino aprender viviendo*. Ediciones Destino.

Mora, F. (2017). *Neuroeducación: solo se puede aprender aquello que se ama*. Alianza Editorial.